

del poder, hubiera quien tuviese en estima el oscuro nombre de un provinciano. Este nombre era el de D. Miguel Ireneo Gómez. Pero á más de esos hombres cuya importancia ha adquirido cierto grado de notoriedad, Etzatlan ha sido cuna de otros muchos que, en distintas carreras y posiciones sociales, han sido la honra de su pueblo, y han prestado á la sociedad servicios, modestos sí, pero trascendentales al bien procomunal. Párrocos respetables, sacerdotes laboriosos, abogados probos é instruidos, médicos de aventajado saber, militares pundonorosos, propietarios honrados y benéficos, han hecho querido el nombre de Etzatlan, en muchas partes del país; y le han dado una notoriedad, que jamás ha buscado en motines políticos, ni en escandalosas asonadas.

Y muy de propósito nos hemos detenido en hacer notar la fecundidad del suelo en que el Sr. Camacho vió la luz primera; porque esa fecundidad demuestra, una vez más, que el elemento cristiano, aun elevado á las alturas del ascetismo, no es una rémora para el desarrollo de aptitudes de todo género, y de virtudes eminentemente sociales. Los hombres formados bajo las inspiraciones del Evangelio, adquieren desde muy temprano un temple de alma que les dispone favorablemente para las cosas graves de la vida; y les pone á salvo de esas frivolidades del siglo, que debilitan los caracteres, que enervan los espíritus, que esterilizan el gérmen de las mejores disposiciones y empujan á la corrupcion á los corazones mejor prevenidos.

En una sociedad tal y en una familia como hemos presentado la de los Sres. Camacho, recibió el niño Ramon su educacion primaria, y las nociones fundamentales de un saber que habria de rayar despues en la altura de la sabiduría. Y allí recibió tambien las primeras impresiones que hicieron de su noble corazón un tesoro inestimable, un depósito inagotable de bien en el pecho del sacerdote ejemplar, del Pontífice venerando, del Príncipe noble, del generoso ciudadano, verdadero amante de su patria. Pero ¿cuál pudo ser la educacion literaria, moral y civil que recibiera en un pueblo pobre y remoto, y á la mitad del primer tercio del presente siglo? La educacion primaria que en esa época se daba en sociedades como la de Etzatlan, se limitaba á los ramos del saber, que podian estar al alcance de la comprension de un niño, y que le eran indispensables para despues, en tiempo más oportuno, ampliar el círculo de sus conocimientos con método, con orden y

con fruto. La sobriedad con que se ministraba el alimento al espíritu infantil, aseguraba su perfecta digestion, y, por lo mismo, la verdadera nutricion. No se fatigaban las débiles facultades de los niños con una enseñanza enciclopédica, que no permitiendo aprender cosa alguna sólidamente, concluye por disponer el ánimo á un fastidioso charlatanismo y á una presuncion ridícula. Se atendia, ante todo, á formar el corazón de la infancia imbuyéndola, desde muy temprano, en aquellas doctrinas que contienen el compendio de los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. *Teme á Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre.* (Eccl. XII, 13.) *La senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien cuando viejo. No escasees la correccion al muchacho, pues aunque le des algun castigo no morirá. Aplícale la vara del castigo, y librarás su alma del infierno.* (Prov. XX. 6. XXIII. 13. 14.) *Instruye á tu hijo y trabaja en formarle, para no ser cómplice en su deshonor.* (Eccl. XXX. 13.) *El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Sabios son los que obran con este temor: su alabanza dura por los siglos de los siglos,* (Psalm. CX. 10.) Esos aforismos de sabiduría divina, eran el compendio del código que los padres de familia tenian á la vista para la educacion de sus hijos; é inculcábanles, sin cesar, las doctrinas deducidas de ellos, desde el momento en que eran capaces de comprenderlas. Añadían sencillas lecciones de urbanidad y policia social, cuya observancia debia hacer al niño aceptable y grato á sus semejantes, sin constreñirlo con vanas é insustanciales fórmulas de capricho ó de imitacion, que casi siempre concluyen por falsear los caracteres y amanerar los actos más comunes de la vida. Porque la verdadera urbanidad procede del corazón: cuando en éste no reside, las exterioridades nada significan. Nuestros mayores basaban la urbanidad en la informacion del ánimo por estos principios: *Y así haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseais que hagan ellos con vosotros.* (Math. VII. 12:) *Comportad las cargas unos de otros, y con eso cumplireis la ley de Cristo.* (Galat. VI. 2:) *Amonéstales . . . que estén prontos para toda obra buena; que no digan mal de nadie, que no sean pendencieros, sino modestos; tratando á todos los hombres con toda la dulzura posible.* (Tit. III. 12.) Es decir; hacian consistir la urbanidad en la realizacion de la caridad cristiana, hasta en los actos más comunes de la vida, en

su contacto con todo individuo del cuerpo social; y que, según la diversidad de casos, tomara los nombres de respeto, atención, benevolencia, dulzura, etc.

Y la educación doméstica basada sobre tales fundamentos, y sostenida por una tradición constante, desde las enseñanzas de los verdaderos civilizadores de nuestro país (los obispos, los párrocos y los frailes), produjo entre nosotros esos hombres que, aunque en corto número, han hecho, el día del infortunio, esfuerzos sobrehumanos por salvar á una sociedad que amenazara hundirse: gigantes sociales, que se han dejado ver como esos árboles seculares que arrostran los furiosos del huracán, que pasa arrasando una selva entera; como esas rocas colosales y de profundos cimientos que resisten el embate de espantosa avenida, y elevan sus cimas sobre las oleadas de una vasta inundación; como providenciales jalones, que marcan los lindes de dos generaciones, de las cuales, la una murió en la fé en que viviera y la otra vivirá en la negación que habrá de apresurar su muerte.

Once años vivió el niño Camacho, fomentando su espíritu al calor del hogar doméstico; conservando en su inteligencia las ideas de su padre, y nutriendo en su corazón los sentimientos de su madre. A esa edad estaba terminada su educación primaria; y se encontraba bien preparado, mediante ella, para sin peligro, ensayar sus aptitudes en otra escala de conocimientos, en otra esfera de acción intelectual y moral.

§ II.

A la edad de once años fué recibido en el Seminario Conciliar de Guadalajara; establecimiento frecuentado, en esa época, no sólo por la juventud de aquella diócesis, sino también por muchos individuos de las de Morelia, Durango y Sonora. Llevando, como llevaba consigo, el tesoro de las virtudes domésticas y el depósito de verdades fundamentales, que en tiempo oportuno recibiera de un padre honrado y de una madre virtuosa; el niño Ramón fué recibido con estimación por los que deberían vigilar sobre su conducta, y con afecto por los compañeros que habían de formarle su sociedad. Frecuentemente sucede que los niños ó jóvenes, al pasar del círculo de familia á los establecimientos públicos, donde inician su carrera literaria, si no llevan buenos principios morales y civiles, no los adquieren allí; y si es que los llevan, acae

ce, muchas veces, que los vician ó los pierden del todo; bien sea por los malos ejemplos que suelen tener á la vista, ó bien por la falta de cultivo de los gérmenes que ántes hubieran recibido. Mas esto no sucedió á nuestro principiante; que, á más de llevar profundamente arraigadas en su alma las lecciones y ejemplos de virtud que en el hogar doméstico había recibido, tenía constantemente á la vista, en el Seminario, los ejemplos y las lecciones de su respetable tío paterno el Sr. Dr. D. Juan N. Camacho; varón eminente en virtud, y cuyo solo continente y presencia eran un estímulo vivo para el bien obrar.

Así es que el niño Camacho, desde su ingreso al Seminario, se hizo notar por la inocencia de sus costumbres, por su juicio prematuro, por la gravedad de sus modales y por su asidua aplicación al estudio. Esta fué tal, que, favorecida por un talento claro y sólido, le granjeó calificación suprema en todos los exámenes sufridos en las diversas asignaturas que cursó, á saber: Latinidad, Retórica, Filosofía, Teología dogmática y moral y Sagrada Escritura. En estas varias asignaturas fué designado por sus Profesores para el desempeño de repetidas funciones públicas; no sólo en las aulas del Seminario, sino también en la Universidad Nacional. De los actos literarios que con más brillo y aplauso desempeñó, fué uno, la oración latina inaugural, que una vez dijo en el Seminario, en la apertura del año escolar; y otro, el panegírico de Santo Tomás de Aquino, que pronunció en la Universidad, y cuyo desempeño correspondía, por estatuto, á un teólogo seminarista: funciones ambas, para las cuales era siempre señalado algún pasante en Teología de carrera distinguida; ó que por sus antecedentes literarios y virtuosa vida, estuviera méritamente abocado á la carrera del profesorado en el Seminario. Desde estos ensayos juveniles, el Sr. Camacho hizo conocer la pericia y expedición con que se servía de la lengua de Cicerón; y la elocuencia fácil, sólida y persuasiva con que sabía discurrir sobre un tema dado. Todos estos antecedentes honrosos le obtuvieron una demostración poco común, que se hizo de la confianza que se tenía en su saber, en el hecho de haberle confiado el servicio de una cátedra de Teología en la Universidad; cuya asignatura sirvió durante un año, siendo todavía seminarista.

La integridad de sus costumbres, la asiduidad y eficacia en el cumplimiento de sus deberes, y la gravedad temprana de su carácter, le granjearon también en el Seminario la entera confianza de los superio-

res, quienes repetidas veces le encargaron el ejercicio de funciones de gobierno del mismo establecimiento; habiendo merecido en esto, así como en las comisiones literarias, la aprobacion de la superioridad y el aplauso de los que presenciaban el cumplido término á que siempre llevaba sus cometidos. Estos ensayos en el gobierno doméstico de un Colegio, fueron para el Sr. Camacho la iniciacion en el difícil arte de dirigir y gobernar á los hombres; arte que despues poseyó y ejercitó con tanto lustre, y en el cual hizo brillar su sabiduría, su prudencia y exquisito tacto para la oportunidad de aplicacion: elementos los tres, sabiduría, prudencia y oportunidad, sin los cuales no hay gobierno posible.

§ III.

Despues de nueve años de estudios asíduos, de dos de pasantía, y uno de enseñar Teología dogmática, en 1839 el Sr. Camacho recibió el orden sagrado del Subdiaconado; y en Octubre del mismo comenzó su carrera de Profesor en el Seminario Conciliar, donde desempeñó las cuatro cátedras en que entónces estaba dividida la enseñanza de Latinitad, Retórica y Bellas Letras. Concluido este ramo de los estudios seminaristas, abrió un curso de Filosofía, que cerró en Agosto de 1845; habiendo enseñado en los tres cursos reglamentarios, Lógica, Metafísica é Historia de la Filosofía, en el primero; en el segundo, Etica y Religion; y Física, Astronomía, Geografía y elementos de Geometría, de Aritmética y Algebra, en el tercero.

La escasez é insuficiencia de los textos admitidos para la enseñanza, y la necesidad de que éstos fueran proporcionados al tiempo reglamentario de cada curso, impuso al Sr. Camacho el trabajo de ampliar, por medio de lecciones orales, la instruccion de sus discípulos; quienes despues las consignaban por escrito bajo el dictado del Profesor. De esta manera tuvieron en el primer año de Filosofía un buen texto de Psicología, y otro de Historia de la Filosofía: en el segundo, un bello tratado sobre las pasiones y un compendio de las materias más importantes de Derecho Público, basado sobre la doctrina cristiana; y en el tercero, un tratado de Geografía proporcionado al tiempo que se tenia disponible para su estudio. Además, el Sr. Camacho, en union del Dr. D.

José María Cayetano Orozco, habia redactado unos elementos de Física, sobre el estudio de sus materias en las obras modernas de más aceptación: libro que, por varios años siguió sirviendo de texto en el Seminario de Guadalajara, y que tambien en otras partes fué consultado con interés, y leído con gusto.

En la época á que nos referimos, el profesorado en aquel Colegio, estaba arreglado en una forma, á nuestro juicio, poco conveniente. Porque las diversas asignaturas de los estudios preparatorios, no eran encomendadas á hombres cuya aptitud y especialidad en cada ramo fuera de antemano conocida, sino que, considerado el magisterio solamente como una carrera de méritos para optar otras posiciones, comenzaba el novel profesor por servir la clase rudimental de Latinitad; la cual desempeñaba durante un año escolar, é iba ascendiendo por las demás cátedras, que ocupaba por igual tiempo, hasta concluir con el tercer curso de Filosofía. Este método, como es claro, tenia el inconveniente de que nunca un profesor llegara á ser una especialidad en cada ramo, ni en ninguno; precisamente, era que dejaba de enseñar una materia, cuando llegaba á poseerla y dominarla; si es que se hubiera propuesto conseguirlo; porque muy natural era el no preocuparse por profundizar una materia, de la cual, pasados diez meses, no habria necesidad de volver á tratar.

El Sr. Camacho comprendia toda la gravedad de este inconveniente, y alguna vez habló sobre ello á sus discípulos. Pero no se limitó á conocer el mal y lamentarlo; sino que se propuso luchar contra él, contrapesando los defectos de aquel sistema de enseñanza con su empeño asídúo y concienzudo para ponerse en plena aptitud de trasmitir á sus alumnos aquellos ramos del saber que él se hubiera asimilado previamente y en la más amplia extension posible. Así es que, desempeñaba su magisterio, no sólo con la diligencia comun á todo hombre pundonoroso, sino tambien con el religioso celo del que cumple con su oficio por deber y por conciencia: aun más, enseñaba con gusto y por gusto; como lo demostraba la condescendencia con que atendia á las interpe-laciones y cuestiones de sus discípulos, aun de los de más medianos alcances. De ahí procedia que, en todas las asignaturas, extendiera sus lecciones aun más allá del círculo marcado por estatuto; aun cuando para ello tuviera que emprender ímprobos trabajos sostenidos por frecuentes vigili-as. Alentado por tal espíritu, en el segundo año de Filo-